

DIOS SOLO: La intransigente divisa del Padre fundador

El 6 de junio de 1819, en la fiesta de la Santísima Trinidad, el Padre Fundador y el Padre Deshayes firman un “acta de acuerdo” que los compromete hacer causa común en sus proyectos de la creación de obras para la educación cristiana.

El 9 de setiembre los miembros de los dos noviciados, el de Auray y de Saint Brieuc, se reunieron por primera vez en Auray, en la Capilla del Padre Eterno, para los Ejercicios del Retiro. Desde el primer día, los dos Superiores, les impusieron conjuntamente el nombre de Hermanos de la Instrucción Cristiana dedicando su vida religiosa a la educación de niños y jóvenes. El entusiasmo fue total al presentarles la divisa “Dios Sólo”.

El origen de esta consigna

Enrique María Boudon arcipreste de Evreux, parece ser el origen de esta regla de vida: Dios Solo, que muchas congregaciones religiosas y muchos santos la tomaron para su vida espiritual.

“Juan María de La Mennais, cita frecuentemente en sus cartas, según Fenelon, a Bruté, pero visiblemente su principal fuente de inspiración está en otra parte. Es en las obras del santo arcipreste de Evreux, monseñor Boudon. Que ha encontrado en ella su devoción e influencia personal. Este autor había sido manifestado a los hermanos de la Mennais por el sacerdote Bruté, que después de largo tiempo, había encontrado unos folletos (unos treinta) de formas ordinarias sobre esta piedad”. (A través de Laveille T.I.p.163)

Enrique Boudon, perteneciente a la escuela francesa de espiritualidad, confirma en casi todos sus escritos un calor que penetra y reconforta. No queda nada insensible en su lenguaje sencillo, todo impregnado de acción evangélica. Es un alma santa que poco a poco va iluminando a su alrededor, de amor apasionado por la extensión del reino de Dios. Su primer libro, aparece en el año 1662 con la aprobación de Bossuet, titulado DIOS SOLO. Para el autor no hay más que el “amor de Dios” y que da todo y se sacrifica para alcanzarlo: esta es la disposición, a todo lo recibido de Dios, sea lo que sea y si es necesario, encantado de sufrir, de ser despreciado, abandonado, tanto que el interés de Dios Sólo se encuentre servido.

Estas páginas enorgullecen enormemente a los dos hermanos, que a ejemplo de Bruté, colocan por largo tiempo estas dos palabras, “Dios Sólo”, o sus iniciales D.S. en la cabecera de sus cartas, para que sean bien vistas, o en el centro de la primera página.

El Padre La Mennais escribe en un folleto al sacerdote Boudon sobre la lista de libros que los Hermanos pueden leer, sin pedir permiso al Superior, lista que el Fundador publicará al final de cada una de las ediciones de la Regla. Añade el título de Dios Sólo en cada uno de los folletos y coloca un asterisco en todos los libros que los Hermanos podían leer del mismo autor. Los escritos de Boudon, estaban de moda en toda Francia en tiempo de Juan María y circulaban muy fácilmente. Su pequeño formato favorecía para llevarlo en los paseos y salidas.

Juan María hace de esta divisa, su línea de conducta personal

Parece evidente que Juan María haya descubierto esta consigna en la casa del Sacerdote Boudon, leyendo sus obras, ha tenido su primer conocimiento por mediación de su amigo Bruté, que ya utilizaba como orientación espiritual. No hay ninguna duda que los dos hermanos, Juan y Feli, habían encontrado esta palabra lapidaria en casa de Luis de Blois, donde ellos traducían la piadosa obra “Speculum religiosorum”, mientras se recuperaban de su quebrantada salud. Bajo su pluma, en la segunda página “mirar de almas religiosas”, leemos en efecto “si quieres puedes retirarte del mundo, es sin duda a fin de que, muerto al mundo, tenemos que vivir nada más que por Dios Sólo”.

Juan María toma esta línea de conducta, tan pronto que en 1806 como testimonia en sus cartas inéditas al sacerdote Bruté, recogidas y publicadas por Henri de Courcy, bajo el título: “Cartas inéditas de Juan María y de Feli de la Mennais a Monseñor Bruté, de Rennes, antiguo Obispo de Vincennes (Estados Unidos)”. Todas llevando en su encabezamiento las iniciales de D.S.

En otros escritos, siempre aparece esta divisa, como iluminando los escritos de estos dos escritores: “Adiós, mi tierno amigo, no nos amemos más que en Dios Sólo, por Dios Sólo, no busquemos más que su gloria” (a Bruté, el 30 de setiembre 1815, Vannes, p.485)

“...Vuelvo a comenzar de nuevo, y yo grito, ¡Dios Sólo! ¡Oh! ¡Lo que queda no es nada, nada, nada! Dios Sólo, Dios Sólo!”

En otra oportunidad, con ocasión del inicio del año, junto a sus saludos, hace una reflexión sobre el compromiso en la educación y enseñanza cristiana durante todo el año escolar: “Amigo mío, ¿cuándo vendrán para nosotros los años eternos?, ellos avanzan, se precipitan, los veo venir, oh nos iremos a ver a Dios Sólo! Mi querido Bruté, estaremos muy alto” (A Bruté 1º de enero de 1810).

Bajo la pluma de Juan María, estas dos palabras no constituyen más que una forma elegante de serenidad íntima, donde la Fe está en el porvenir: la absoluta dignidad de Dios es demasiado profunda, anclada en su corazón de sacerdote para que no afloje y entregue su esfuerzo al servicio de las almas, y buscando a Dios, así escribe a su amigo Bruté, comentando esta inevitable prioridad.

“El hombre más razonable será el que alimente su espíritu de un solo pensamiento: Dios Sólo. No hay corazón cristiano que no entienda esta palabra, Dios Sólo”.

“Algunas veces me llega el deseo de reponer enseguida mis fuerzas para regresar inmediatamente a mis antiguos trabajos, por tanto, lo mejor será, esta semejanza de no desear nada y de buscar la paz en solo lo que quiere el buen Dios. Si estamos de acuerdo para no querer más que lo que Dios quiere, la vida, como menciona san Juan Clímaco, sería como dormirmos en la confianza y en la fe en Dios”. (Cartas inéditas, pág. 18, 2 de febrero de 1808)

Juan María deja plenamente lugar a Dios

Muchas frustraciones de la tierra, todas son dolorosas para Juan María, llamada desde esta presencia de Dios en su vida y la invitación muy pronto a volver su mirada hacia el cielo, para descubrir allí y llenarse de Dios y de serle fiel. Nadie más que Dios puede ser puesto en paralelo con las pruebas de la vida, título de compensación para una dicha perdida: será deducida a la grandeza de Dios a la dimensión de la tierra para recuperar la felicidad perdida. Esto sería reducir al gran Dios a las dimensiones de la tierra y restringir los impulsos espirituales del alma a su egoísmo. La vida en la tierra existe y se quiere siempre para el alma atenta a lo sobrenatural junto a la plenitud dichosa y tiene la esperanza en un Dios siempre presente.

Educado en la alegría y en las comodidades familiares y promesas en este mundo, Juan María ve pronto desmoronarse todas sus riquezas humanas: muere su madre, alma y vida para él y para sus hermanos con quien inició su oración desde niño, ahora tenía unos siete años, mientras que sus hermanitos: Pedro Juan, Luis María y un poco más chico Graciano Claudio, son arrebatados por la misma enfermedad del pecho. El vacío está creado en su vida, no se llenará con la presencia de su hermana menor, María y después con su hermano Feli, distante y áspero. Su padre no es el padre de tiempos pasados, sus numerosos y largos viajes surcando los mares y continentes, han quedado atrás y ha perdido todo. Por el momento tiene algunos cargos y negocios públicos venidos a menos.

Por estos días y estando en Saint Malo, bajo su mirada escandalizada, ve el martirio de sacerdotes, la supresión del culto religioso y el hundimiento de la Iglesia. Los templos se cierran a la fe popular y la piedad queda reducida a protegerse en los desvanes en silencio y en el miedo. La impiedad se hace sacrílega rechazando a Dios, hay gente que reunidos en la plaza y con auxilio de sacerdotes se arrepienten y entregan sus vidas por Dios.

Juan María, que ve estas escenas de guerra, muertes de sacerdotes, renueva su compromiso con la Iglesia, una prueba más en su joven vida, muy dolorosa para él y su familia: La ruina económica de su padre. Aquello fue una desgracia para La Mennais, donde tiene conocimiento después de largo tiempo. La prudencia y la honesta administración no fueron suficientes, la familia quedó en la ruina. Quedaron atrás aquellos años que La Mennais proveyó de comida a tantas familias con aquellos gestos de caridad trayendo trigo del extranjero... todo ha terminado. La casa paterna está en ruinas, Juan María no tendrá más asilo en Saint Malo. Su padre envejecido se lo confía a los buenos amigos de una casa de acogida en Rennes. Con este abandono de la casa paterna de la calle San Vicente, venían a la memoria, los años dorados de la infancia.

La tierra se desploma bajo sus pies, el joven sacerdote se entrega al bien de las almas. Juan María se entrega en manos de Dios, la Providencia va a ser una luz en su caminar y la devoción a María, fortalecerá su amor por el sacerdocio.

Juan María constantemente tiene en sus labios: “Amémonos en Dios y por Dios “que Él sea el centro único en el cual nos encontremos en todos los momentos de nuestra vida

Dos grandes reglas escribe en su memorial, humillarse, disminuir, anonadarse, hacerlo todo lo mejor que se pueda por el interés de Dios Sólo

a. Pedro de Bérulle (+ 1629) - No se trata ya de una simple práctica de devoción. Bérulle vive una espiritualidad que le valió el título de «Apóstol del Verbo Encarnado»: quiere él adherir lo más perfectamente posible a todos los misterios de la vida, muerte y resurrección del Verbo hecho carne, convertido en servidor de Dios, «esclavo» por salvarnos. Todo lo resume en el título de un texto aprobado en 1620: «Votos o elevaciones a Dios, sobre el misterio de la Encarnación; para ofrecerse a Jesús en el estado de servidumbre que le es debido, como consecuencia de la unión inefable de la divinidad con la humanidad; para ofrecerse a la santísima Virgen, en el estado de dependencia y servidumbre que le debemos en su calidad de madre de Dios y quien posee un poder especial sobre nosotros, a consecuencia de esa calidad admirable.» En 1623, publica estos textos en el Discurso del estado y grandezas de Jesús... Todo comienza por una elevación a la Trinidad, a Cristo y a María. Sigue el voto de oblación «a Jesucristo en el estado de perpetua servidumbre, [...] por el vínculo de perpetua servidumbre». Profundiza en ese voto por la oblación a María: «Me entrego y consagro a Jesucristo en el estado de perpetua servidumbre a su santísima Madre, la sagrada Virgen María, en honor perpetuo tanto de la Madre como del Hijo, y en honor de la prerrogativa que ella posee de Madre de Dios, me presento a ella en este estado y calidad de servidumbre; y me entrego a su grandeza en honor de la donación que el Verbo eterno le hizo de sí mismo en calidad de Hijo por el misterio de la encarnación que ha querido realizar en ella y por ella». Identifica su voto con «la profesión solemne de los cristianos en el bautismo» 12, refiriéndose al Catecismo del Concilio de Trento (art. 1, c. 31). Para Bérulle, «es un voto de la religión de Jesús cuyo autor e institutor es el mismo en su propia persona y el primero y más antiguo en profesar y cuyos primeros y más antiguos superiores son los apóstoles» 13. El voto de servidumbre (Bérulle habla con menor frecuencia de esclavitud) es adhesión a la verdad fundamental de nuestra relación de criaturas con el Creador. «Este estado de servidumbre no debe ser dudoso ni extraño al hombre; es un estado propio y esencial de la criatura frente a Dios. Porque la criatura es esencialmente sierva o, mejor dicho, está sometida a su Creador, y es la primera condición general, absoluta y universal de su ser... Es un estado primitivo tanto en la gracia como en la naturaleza...» 14.

b. Enrique María Boudon (+ 1702) - El título de su tratado Dieu seul ou le saint esclavage de l'admirable Mère de Dieu indica el fundamento de la devoción: Dios solo, el gran lema posterior de Montfort. Boudon es discípulo de san Francisco de Sales y de Bérulle. Recuerda «la oblación absoluta e irrevocable (a María), expresada hacía tiempo, de todo lo que soy en el ser y en el orden de la naturaleza y de la gracia... Mi vida tanto interior como exterior y, en general, cuanto es mío, es más tuyo que mío...». Como Bérulle, pertenece a María por «estado y condición de servidumbre». Escribe su libro para «ganar corazones, conquistar esclavos» para María: «en honor del estado y forma de servidumbre que el Verbo Eterno ha asumido, anonadándose en tus purísimas entrañas y sometiéndose a ti» 15. Por otra parte, de acuerdo con san Francisco de Sales, la devoción es «un amor que hace que sirvamos con voluntad pronta y afectuosa». La devoción de la esclavitud es ese «amor puesto al servicio de María en forma absoluta» 16. Así, su «Oración para ofrecerse a la Santísima Virgen en calidad de esclavo» (583-4) invoca ante todo a la Trinidad y a Cristo; y dado que «el beneplácito» de Dios ha sido darse a nosotros por María y pedimos que nos entreguemos por ella, «yo la tomo y escojo por mi bondadosísima y queridísima madre, por mi santísima patrona, por mi fiel abogada, por mi querida señora, por mi soberana y reina, comprometiéndome a ser durante el resto de mi vida vasallo y esclavo suyo» 17.